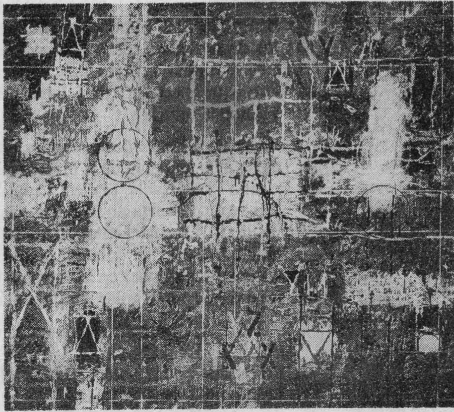


EL NACIONAL / Jueves 20 de mayo de 1993

Caleidoscopio

JOSE MARIA SALVADOR

Pinturas topológicas de Quintana Castillo



Pintura Topológica N° 3, de Quintana Castillo.

Después de tres años sin mostrar su obra en exposiciones personales, Manuel Quintana Castillo nos sorprende ahora con sus "Pinturas Topológicas". Impecablemente montada y acompañada con un lujoso catálogo, esta nueva individual del conocido pintor de Cauagua, pone en luz las exploraciones estilístico-formales en que se halla inmerso en la actualidad, y proporciona claves orientadoras para facilitar el desentrañamiento de sus nuevos postulados estéticos.

A decir verdad, estas desinhibidas "Pinturas topológicas" venían ya perfilándose en la producción del artista mirandino desde inicios de la década del 80, en un conjunto de dibujos, collages y pinturas de gran libertad de factura y concepto. Ejemplo magnífico de tales trabajos precursores es el lienzo "Con luz negra", 1988, que el artista donó magnánimamente al Museo de Bellas Artes de Caracas con motivo de celebrarse el cincuentenario de su fundación. Sin embargo, las obras que hoy nos muestra Quintana Castillo evidencian planteamientos más audazmente revulsivos, inauguran otros enfoques doctrinarios, y elevan hasta extremos insospechados esa pauta de libertad que el artista comenzara a concederse con alguna timidez hace más de un decenio.

En el texto programático que encabeza el catálogo de esta muestra individual, el expositor revela una parte del tejido argumental sobre el que asienta sus actuales pesquisas y propuestas. "Entiendo -afirma de entrada-, que la Topología en materia de arte es o puede ser algo que se refiera a la percepción y el análisis de las superficies y los lugares pictóricos; atendiendo a sus efectos texturales, gráficos, visuales y plásticos. La pintura topológica -prosigue después- reivindica la importancia del cuadro-cuadro (como objeto-presencia, singular y propio) y también la vigencia del espacio plano bidimen-

sional, en su carácter básico para señalar y presentar la actividad de un tiempo individual e intransferible."

Quintana Castillo asume como premisa fundamental que el espacio pictórico constituido por el soporte bidimensional del cuadro se ofrece como un único y homogéneo *continuum* visual, espacial y temporal. Por tal motivo, en sus actuales pinturas rechaza la concepción del espacio como sistema interconectado de lugares heterogéneos y distantes, y prescinde por entero de la convencional profundidad perspectiva. Resumida en un solo plano uniforme en el que se confunden en desorden múltiples pigmentos irrelatos, cada una de esas "Pinturas topológicas" se manifiesta a la postre como una chata alfombra enmarañada de colores deshilvanados. No en balde el artista proclama que, "lo topológico puede ser entendido como una voluntad para activar campos de fuerza y convertir la superficie bidimensional del cuadro en un lugar pictórico, cargado de energía positiva."

Adoptando como axioma doctrinal y como criterio de acción la libertad absoluta, Quintana Castillo aborda sus telas con desenfadada espontaneidad instintiva, dando rienda suelta a la gestualidad sin freno, al garabateo sin rumbo y al azar imprevisible. El artista comienza por embadurnar con profusión sus lienzos mediante la superposición de varias capas de pigmentos líquidos y semitransparentes. Sobre tales sedimentos plásticos pinta luego -a veces con nitidez, casi siempre emborronándolos con el pincel o con las yemas de los dedos- una serie de rasgos, virgulas y motas, irregulares líneas torcidas, respunteadas o con rebabas, tramas ortogonales y figuras geométricas elementales, así como algunos signos, marcas y letras. Por último, el pintor suele volver a recubrir, a emborronar y a repintar una vez más lo ya pintado, añadiendo, por si fuera poco, una nueva maraña de trazos espasmódicos, garabatos errabundos, goteos, salpicaduras y chorreones aleatorios.

En esas "Pinturas topológicas" no deja de sorprender el rudo antagonismo que el pintor establece entre tantos brotes silvestres del azar irracional, por una parte, y, por el otro lado, la controlada racionalidad de ciertas estructuras geométricas simples, como triángulos, rectángulos y dameros ortogonales (a veces subyacentes, en otras ocasiones yuxtapuestos) secamente trazados con regla, y, sobre todo, esos glaciales círculos mecánicamente marcados con el borde de algún vaso o recipiente.

Es indudable que Quintana Castillo se halla aquí inmerso con patente deleite en un fogoso *divertimento* plástico-visual, entregado en cuerpo y alma a la tarea de encender sobre la chata pantalla del cuadro crepitantes juegos de pirotecnia cromática. No otro es el placer sensual -casi erótico- que el mirandino persigue con ese resallante e indisciplinado chisporroteo de inúmeros toques de colores vivos emergiendo a vivas luces de entre un confuso magma de opacos tonos agrisados.

Me atrevo a pensar, sin embargo, que estas "Pinturas topológicas" -erigidas sin tapujos como aleatorias descargas gestuales sobre la epidermis del cuadro-, constituyen sólo una etapa exploratoria y provisional en las indagaciones pictóricas y estéticas de Quintana Castillo. Conociéndolo como lo conozco, no me resulta improbable la hipótesis de que el pintor de Cauagua trascienda pronto ese epitelial y semiautomático devaneo plástico-visual sobre la superficie del 'cuadro-pintura', para rescatar en las calmas y fecundas profundidades del cuadro-concepto algunas estructuras de mayor disciplina y, en especial, ciertas categorías conceptuales y simbólicas que con tanto fervor persiguió y defendió siempre.